

fuí informado cómo habían llegado obra de una legua de allí y habían visto otro peñol con mucha gente; pero que no era tan fuerte, y que por lo llano cerca dél (1) había mucha población, y que no faltarian dos cosas que en este otro nos habían faltado; la una era agua, que no la había acá; y la otra, que por ser tan fuerte el cerro no habría tanta resistencia, y se podía sin peligro tomar la gente. E aunque con harta tristeza de no haber alcanzado victoria, partímonos de allí, y fuimos aquella noche á dormir cerca del otro peñol, adonde pasamos harto trabajo y necesidad, porque tampoco fallamos agua, ni en todo aquel día la habíamos bebido nosotros ni los caballos; y así nos estuvimos aquella noche, oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritas.

Y en siendo el día claro ciertos capitanes y yo comenzamos á mirar el risco, el cual nos parecia casi tan fuerte como el otro; pero tenia dos padrastrós más altos que no él y no tan agros de subir, y en estos estaba mucha gente de guerra para los defender. E aquellos capitanes y yo, y otros hidalgos que allí estaban, tomamos nuestras rodelas y fui-

(1) Cerca de México hay dos cerros, que llaman el uno peñol de los Baños, porque los hay allí de agua mineral; y el otro mas distante, que llaman del Marqués, y no es este el de que habla aquí Cortés, y que por esto le diesen despues el nombre del Marqués del Valle, sino los cerros que están antes de Huaxtepec, Yantepec, Jiutepec y Xochitepec.

mos á pié hácia allá, porque los caballos los habían llevado á beber una legua de allí; no para mas de ver la fuerza del peñol y por donde se podría combatir; y la gente, como nos vieron ir, aunque no los habíamos dicho con cosa alguna, siguiéronnos. Y como llegamos al pié del peñol, los que estaban en los padrastrós dél creyeron que yo quería acometer por el medio, y desamparáronlos por socorrer á los suyos. Y como yo ví el desconcierto que habían hecho, y que tomados aquellos dos padrastrós, se les podía hacer dellos mucho daño, sin hacer mucho bullicio mandé á un capitan que de presto subiese con su gente y tomase el un padrastro de aquellos más agro, que habían desamparado; y así fué hecho. E yo con la otra gente comencé á subir el cerro arriba, allí donde estaba la más fuerza de la gente; y plugo á Dios que les gané una vuelta dél, y pusímonos en una altura que casi igualaba con lo alto de donde ellos peleaban; lo cual parecia que era cosa imposible podelles ganar, á lo menos sin infinito peligro. E ya un capitan había puesto su bandera en lo más alto del cerro, é de allí comenzó á soltar escopetas y ballestas en los enemigos. Y como vieron el daño que recibían, y considerando el porvenir, hicieron señal que se querían dar, y pusieron las armas en el suelo. Y como mi motivo sea siempre dar á entender á esta gente que no les queremos hacer mal ni daño, por más culpados que sean, especialmente queriendo ellos ser vasallos de

vuestra majestad, y es gente de tanta capacidad (1), que todo lo entienden y conocen muy bien, mandé que no se les hiciese más daño; y llegados á me hablar, los recibí bien. Y como vieron cuán bien con ellos se habia hecho, hiciéronlo saber á los del otro peñol; los cuales, aunque habian quedado con victoria, determinaron de se dar por vasallos de vuestra majestad, y viniéronme á pedir perdon por lo pasado. En esta poblacion de cabe el peñol estuve dos dias, y de allí envié á Tesáico los heridos, y yo me partí, y á las diez del dia llegamos á Guastepeque, de que arriba he hecho mencion, y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos; la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circúito (2), y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas (3); que cierto es cosa de admiracion ver la

(1) No son los indios tan rudos como les quieren hacer, y quien les observe reconocerá la capacidad que conoció en ellos Cortés: algunas veces se hacen bobos, y es porque les tiene cuenta.

(2) La casa y huerta de Huaxtepec.

(3) Las frutas de América regularmente no se logran en España, á excepcion de las tunas, que llaman higos de Indias; y las de España todas prenden en la América, solo si se advierte menos sustancia.

gentileza y grandeza de toda esta huerta. E aquel dia reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron. E otro dia nos partimos, y á las ocho horas del dia llegamos á una buena poblacion que se dice Yautepeque (1), en la cual estaban esperándonos mucha gente de

Las particulares de América son piñas, chirimoyas, zapotes prietos y blancos, aguacates, cocos, guanabanas, anonas, guayabas, plátanos guineos, mameyes, pitahayas, safatas, cuyas ramas arrojan leche; dátiles muy grandes, sapuches, carambullos, cumaros, bachatas, de cuyo árbol la raíz sirve para lavar como el jabon; papayas, tejocotes, que tienen el mismo hueso que la acerola, pero es amarillo.

En Toluca hay un árbol muy singular que llaman manitas, porque cada hoja es una flor de figura casi perfecta de una mano de hombre.

Bálsamo blanco, bermejo, verde y negro: el puro, que los herbolarios llaman opobálsamo, es la lágrima que destila un árbol como el granado; el licor que se saca deste árbol hiriendo y sajando la corteza, hojas exprimidas y cocidas al fuego, se llama xilobálsamo; está declarado por la Sede apostólica que con el bálsamo de Indias se puede hacer la consagracion del Santo Crisma; el mejor deste reino viene de Goatemala y Chiapa, y el blanco es muy apreciado por mas perfecto.

De las plantas y yerbas, licores y cosas medicinales de Indias, trata largamente el doctor Francisco Hernandez, cuya obra se hizo de orden del rey, pintando al natural todas las plantas, que pasan de mil y docientas, y se refiere que el coste de la obra pasó de sesenta mil ducados: la extractó el doctor Nardo Antonio, médico italiano, y es razon que los españoles hagan el debido aprecio della, cuando ha dado luz á los extranjeros.

(1) Así se llama hoy, y es camino á la costa del Sur.

guerra de los enemigos. E como llegamos, pareció que quisieron hacernos alguna señal de paz, ó por el temor que tuvieron ó por nos engañar. Pero luego en continente sin más acuerdo comenzaron á huir, desamparando su pueblo; y yo no curé de detenerme en él, y con los treinta de caballo dimos tras ellos bien dos leguas, hasta los encerrar en otro pueblo que se dice Gilutepeque (1), donde alanceamos y matamos muchos. Y en este pueblo hallamos la gente muy descuidada, porque llegamos primero que sus espías, y murieron algunos, y tomáronse muchas mujeres y muchachos, y todos los demas huyeron; y yo estuve dos dias en este pueblo, creyendo que el señor dél se viniera á dar por vasallo de vuestra majestad; y como nunca vino, quando partí hice poner fuego al pueblo; y antes que dél saliese, vinieron ciertas personas del pueblo antes, que se dice Yactepeque, y rogáronme que les perdonase, y que ellos se querian dar por vasallos de vuestra majestad. Yo les recibí de buena voluntad, porque en ellos se habia hecho ya buen castigo.

Aquel dia que partí, á las nueve del dia llegué á vista de un pueblo muy fuerte, que se llama Coadnabaced (2), y dentro dél habia mucha gente

(1) Xilotepec: este y los pueblos de arriba están antes de Cuernavaca; pero pudo haber equivocacion en el nombre por poner Xiuxtepec ó Xuchitepec.

(2) Cuernavaca, antes *Quaunabuac*, es amenísimo, muy

de guerra; y era tan fuerte el pueblo y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas habia de diez estados de hondura; y no podia entrar ninguna gente de caballo, salvo por dos partes, y estas entonces no las sabiamos, y aun para entrar por aquellas habiamos de rodear más de legua y média; tambien se podia entrar por puentes de madera; pero teníanlas alzadas, y estaban tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuéramos diez veces más, no nos tuvieran en nada; y llegándonos hácia ellos, tirábannos á su placer muchas varas y flechas y piedras; y estando así muy revueltos con nosotros, un indio de Tascaltecal pasó de tal manera, que no le vieron, por un paso muy peligroso. E como los enemigos le vieron así de súbito, creyeron que los españoles les entraban por allí; y así, ciegos y espantados, comienzan á ponerse en huida, el indio tras dellos; y tres ó cuatro mancebos criados míos y otros dos de una capitania, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron de la otra parte, y yo con los de caballo comencé á guiar hácia la sierra para buscar entrada al pueblo, y los indios nuestros enemigos no hacian sino tirarnos varas y flechas; porque entre ellos y nosotros no habia más de una barranca como cava (1); y como estaban embebeci-

fuerte, y hoy se conservan las casas de Cortés á modo de fortaleza, con otras memorias de la conquista.

(1) Esta barranca permanece, y se observa hoy todo lo que dice Cortés.

dos en pelear con nosotros, y estos no habian visto los cinco españoles, llegan de improviso por las espaldas y comienzan á darles de cuchilladas; y como los tomaron de tan sobresalto y sin pensamiento, que por las espaldas se les podia hacer ninguna ofensa, porque ellos no sabian que los suyos habian desamparado el paso por donde los españoles y el indio habian pasado, estaban espantados y no osaban pelear, y los españoles mataban en ellos; y desde que cayeron en la burla comenzaron á huir. E ya nuestra gente de pié estaba dentro en el pueblo y le comenzaban á quemar, y los enemigos todos á le desamparar; y así huyendo se acogieron á la sierra aunque murieron muchos dellos, y los de caballo siguieron y mataron muchos. E despues que hallamos por dónde entrar al pueblo, que sería mediodia, aposentámonos en las casas de una huerta, porque lo hallamos ya casi todo quemado. E ya bien tarde el señor y algunos otros principales, viendo que en cosa tan fuerte como su pueblo no se habian podido defender, temiendo que allá en la sierra los habiamos de ir á matar, acordaron de se venir á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, y yo los recibí por tales, y prometieronme de ahí adelante ser siempre nuestros amigos. Estos indios y los otros que venian á se dar por vasallos de vuestra majestad, despues de los haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa por qué venian tarde á nues-

tra amistad era porque pensaban que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no terniamos despues tanto enojo dellos.

Aquella noche dormimos en aquel pueblo, y por la mañana seguimos nuestro camino por una tierra de pinales, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed; é á siete leguas de aquel pueblo en unas estancias paramos aquella noche. Y en amaneciendo tomamos nuestro camino (1) y llegamos á vista de una gran ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce, é como los naturales della estaban avisados de nuestra venida, tenian hechas muchas albarradas y acequias, y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Temixtitan tres ó cuatro leguas, y estaba dentro mucha y muy lucida gente y muy determinados de se defender ó morir. E llegados, y recogida toda la gente y puesta en mucha orden y concierto, yo me apeé de mi caballo y seguí con ciertos peones hácia una albarrada que tenian he-

(1) Desde Cuernavaca volvieron hácia México, y pararon en Xochimilco, que está junto á la laguna de Chalco, y hoy hay muchas familias de indios que por agua y tierra comercian en México.

cha, y detrás estaba infinita gente de guerra; é como comenzamos á combatir el albarrada, y los ballesteros y escopeteros les hacian daño, desampararonla, y los españoles se echaron al agua y pasaron adelante por donde hallaron tierra firme. Y en media hora que peleamos con ellos les ganamos la principal parte de la ciudad; é retraidos los contrarios por las calles del agua y en sus canoas, pelearon hasta la noche. E unos movian paces, y otros por eso no dejaban de pelear; y moviéronlas tantas veces sin ponerlo por obra, que caimos en la cuenta, porque ellos lo hacian para dos efectos, el uno para alzar sus haciendas en tanto que nos detenan con la paz; el otro por dilatar tiempo en tanto que les venia socorro de México y Temixtitan. E este dia nos mataron dos españoles porque se mandaron de los otros á robar, y viéronse con tanta necesidad, que nunca pudieron ser socorridos. E en la tarde pensaron los enemigos cómo nos podrian atajar de manera que no pudiésemos salir de su ciudad con las vidas. E juntos mucha copia dellos, determinaron de venir por la parte que nosotros habiamos entrado; y como los vimos venir tan súpito, espantámonos de ver su ardiz y presteza, y seis de caballo y yo, que estábamos mas á punto que los otros, arremetimos por medio dellos. E ellos, de temor de los caballos, pusiéronse en huida; y así, salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto;

porque, como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar á los de caballo con sus espadas y rodelas. E como andábamos revueltos con ellos y habia muy gran priesa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y como algunos de los contrarios me vieron á pié, revolvieron sobre mí, é yo con la lanza comencéme á defender dellos; y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse á me ayudar, y él y un mozo mio que luego llegó levantamos el caballo. E ya en esto llegaron los españoles, y los enemigos desampararon todo el campo; y yo con los otros de caballo, que entonces habian llegado, como estábamos muy cansados, nos volvimos á la ciudad. E aunque era ya casi noche y razon de reposar, mandé que todas las puentes alzadas por do iba el agua se cegasen con piedra y adobes que habia allí, porque los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en la ciudad; y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos malos quedaron muy bien aderezados, y con mucho aviso y recaudo de velas pasamos aquella noche.

Otro dia, como todos los naturales de la provincia de México y Temixtitan sabian ya que estábamos en Suchimilco, acordaron de venir con gran poder por el agua y por la tierra á nos cercar, porque creían que no podiamos ya escapar de sus manos, y yo me subí á una torre (1) de sus ídolos para ver cómo ve-

(1) Los ídolos y adoratorios los tenian en lugares elevados.

nia la gente y por dónde nos podían acometer, para proveer en ello lo que nos conviniese. E ya que en todo había dado orden, llegamos por el agua á una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venían más de doce mil hombres de guerra, é por la tierra llega tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían. E los capitanes dellos, que venían delante, traían sus espadas de las nuestras en las manos, y apellidando sus provincias, decían: «México, México, Temixtitan, Temixtitan;» y decíannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habían de matar con aquellas espadas, que nos habían tomado la otra vez en la ciudad de Temixtitan. E como ya había proveído adonde había de acudir cada capitán, y porque hacia la Tierra-Firme había mucha copia de enemigos, salí á ellos con veinte de caballo y con quinientos indios de Tascaltecal, y repartímonos en tres partes y mandéles que desde que hobiesen rompido, que se recogiesen al pié de un cerro que estaba media legua de allí, porque también había allí mucha gente de los enemigos. E como nos dividimos, cada escuadrón siguió á los enemigos por su cabo; y después de desbaratados y alanceados y muertos muchos, recogímonos al pié del cerro, é yo mandé á ciertos peones criados míos, que me habían servido y eran bien sueltos, que por lo más agro del cerro trabajasen de lo subir; é que yo con los de caballo rodearía por detrás, que era más llano, y los toma-

riamos en medio. Y así fué, que como los enemigos vieron que los españoles les subían por el cerro, volvieron las espaldas, creyendo que huían á su salvo, y topan con nosotros, que seríamos quince de caballo, y comenzamos á dar en ellos, y los de Tascaltecal asimismo; por manera que en poco espacio murieron más de quinientos de los enemigos, y todos los otros se salvaron y huyéronse á las sierras, y los otros seis de caballo acertaron á ir por un camino muy ancho y llano alanceando á los enemigos, y á media legua de Suchimilco dan sobre un escuadrón de gente muy lucida, que venía en su socorro, y desbarataronlos y alancearon algunos. E ya que nos hobimos juntado todos los de caballo, que serían las diez del día, volvimos á Suchimilco, y á la entrada hallé muchos españoles que deseaban mucho nuestra venida y saber lo que nos había sucedido, y contáronme cómo se habían visto en mucho aprieto y habían trabajado todo lo posible por echar fuera los enemigos, de los cuales habían muerto mucha cantidad. E diéronme dos espadas de las nuestras que les habían tomado, y dijéronme cómo los ballateros no tenían saetas ni almacén alguno. Y estando en esto, antes que nos apeásemos, asomaron por una calzada muy ancha un gran escuadrón de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arremetimos á ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella; y así los desbaratamos; y recogida la gente, volvi-

mos á la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados. Y así estuvimos en esta ciudad tres dias, que en ninguno dellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, nos partimos; y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad.

El dia que me partí, me salí fuera á una plaza que está en la Tierra-Firme junto á esta ciudad, que es donde los naturales hacen sus mercados; y estaba dando orden cómo diez de caballo fuesen en la delantera, y otros diez en medio de la gente de pié, y yo con otros diez en la rezaga. El los de Suchimilco, como vieron que nos comenzábamos á ir, creyeron que de temor suyo era: llegan por nuestras espaldas con mucha grita, y los diez de caballo y yo volvimos á ellos, y seguimoslos hasta meterlos en el agua; en tal manera, que no curaron mas de nosotros; y así, nos volvimos nuestro camino. E á las diez del dia llegamos á la ciudad de Cuyoacan, que está de Suchimilco dos leguas, y de las ciudades de Temixtitan (1), y Culhuacan, y Uchilubusco, y Iztapalapa, y Cuitaguaca y Mizqueque, que todas están en el agua, la más lejos

(1) México, Culhuacan, Churubusco, que antes se llamaba Ocholopozco, Iztapalapa, Thlahuac, antes Cilitahuac, y Mizquic, todas están en la laguna de Chalco.

destas está una legua y média; y hallámosla despoblada, y aposentámonos en la casa del señor, y aquí estuvimos el dia que llegamos y otro. E porque en siendo acabados los bergantines habia de poner cerco á Temixtitan, quise primero ver la disposicion desta ciudad y las entradas y salidas, y por dónde los españoles podian ofender ó ser ofendidos. E otro dia que llegué, tomé cinco de caballo y docientos peones, y fuíme hasta la laguna, que estaba muy cerca, por una calzada (1) que entra á la ciudad de Temixtitan, y vimos tanto número de canoas por el agua, y en ellas gente de guerra, que era infinito; y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzaronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas. E dende allí vimos cómo iba la calzada derecha por el agua fasta dar en Temixtitan, bien legua y média, y ella y la otra (2) que va á dar á Iztapalapa llenas de gente sin cuento; y como yo hube considerado bien lo que convenia verse, porque aquí en esta ciudad habia de estar una guarnicion de gente de pié y de caballo, hice recoger los nuestros; y así, nos volvimos

(1) Esta calzada es la que hoy llaman de la Piedad.

(2) La otra calzada que va á Iztapalapa es la que llaman hoy de San Anton.

quemando las casas y torres de sus ídolos. Y otro dia nos partimos desta ciudad á la de Tacuba, que está dos leguas, y llegamos á las nueve del dia, alanceando por unas partes y por otras, porque los enemigos salian de la laguna por dar en los indios que nos traían el fardaje, y hallábanse burlados; y así, nos dejaron ir en paz. Y porque, como he dicho, mi intencion principal habia sido procurar de dar vuelta á todas las lagunas, por calar y saber mejor la tierra, y tambien por socorrer aquellos nuestros amigos, no curé de pararme en Tacuba. Y como los de Temixtitan, que está allí muy cerca, que casi se extiende la ciudad tanto que llega cerca de la Tierra-Frme de Tacuba, como vieron que pasábamos adelante, cobraron mucho esfuerzo, y con gran denuedo acometieron á dar en medio de nuestro fardaje; y como los de caballo veniamos bien repartidos, y todo por allí era llano, aprovechábamonos bien de los contrarios, sin recibir los nuestros ningun peligro; y como corriamos á unas partes y á otras, y como unos mancebos, criados míos, me seguian algunas veces, aquella vez dos dellos no lo hicieron, y halláronse en parte donde los enemigos los llevaron, donde creemos que les darian muy cruel muerte, como acostumbran; de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres, y le habian servido muy bien en esta guerra á vuestra majestad. Y salidos desta ciudad, comenzamos á seguir nuestro

camino por entre otras poblaciones cerca de allí, y alcanzamos á la gente; y allí supe entonces cómo los indios habian llevado aquellos mancebos, y por vengar su muerte, y porque los enemigos nos seguian con el mayor orgullo del mundo, yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada; y como los indios vian á los otros diez con toda la gente y fardaje ir adelante, no hacian sino seguirlos por un camino adelante, que era muy ancho y muy llano; no se temiendo de cosa ninguna. Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que habia cerca, habiamos muerto dellos más de cien principales y muy lucidos, y no curaron de mas nos seguir. Este dia fuimos á dormir dos leguas adelante á la ciudad de Coatinchan, bien cansados y mojados, porque habia llovido mucho aquella tarde, y hallámosla despoblada; y otro dia comenzamos de caminar, alanceando de cuando en cuando á algunos indios que nos salian á gritar, y fuimos á dormir á una poblacion que se dice Gilotepeque y hallámosla despoblada. E otro dia llegamos á las doce horas del dia á una ciudad que se dice Aculman (1), que es del señorío de la ciudad de Tesáico,

(1) Oculman, dos leguas cortas de Tezcuco, en un valle amenísimo, pero inundado á causa de que por libertar á México se hizo en tiempo del ilustrísimo señor don Domingo Trisalacios, de órden del excelentísimo señor virey, una presa para contener la corriente del río Teotihuacan, y en los meses

adonde fuimos aquella noche á dormir, y fuimos de los españoles bien recibidos, y se holgaron con nuestra venida como de la salvacion; porque despues que yo me habia partido dellos, no habian sabido de mí fasta aquel dia que llegamos, y habian tenido muchos rebatos en la ciudad. E los naturales della les decian cada dia que los de México y Temixtitan habian de venir sobre ellos, en tanto que yo por allí andaba; y así se concluyó, con la ayuda de Dios, esta jornada, y fué muy gran cosa, y en que vuestra majestad recibió mucho servicio por muchas causas, que adelante se dirán.

Al tiempo que yo, muy poderoso y invictísimo señor, estaba en la ciudad de Temixtitan, luego á la primera vez que á ella vine, proveí, como en la otra relacion hice saber á vuestra majestad, que en dos ó tres provincias aparejadas para ello se hiciesen para vuestra majestad ciertas casas de granjerías, en que hobiesen labranzas y otras cosas, conforme á la calidad de aquellas provincias. E á una dellas que se dice Chinanta (1), envié para ello dos españoles; y esta provincia no es sujeta á los naturales de Culúa, y en las otras que lo eran al tiempo que me daban

de aguas se cierra la compuerta, y es lástima ver anegada la iglesia parroquial, que es una de las mejores fábricas del arzobispado, y aun creo del reino.

(1) Chinantla está hácia Veracruz, mas adelante de la isla de Sacrificios; y á esta provincia fué enviado Hernando Barrientos, y en ella mandó Cortés hacer las lanzas más largas y fuertes, y por los pedernales negros de que hacian las lanzas se llamó Chinantla.

guerra en la ciudad de Temixtitan, mataron á los que estaban en aquellas granjerías, y tomaron lo que en ellas habia, que era cosa muy gruesa, segun la manera de la tierra, y destos españoles que estaban en Chinanta se pasó casi un año que no supe dellos; porque, como todas aquellas provincias estaban rebeladas, ni ellos podian saber de nosotros ni nosotros dellos. Y estos naturales de la provincia de Chinanta, como eran vasallos de vuestra majestad y enemigos de los de Culúa, dijeron á aquellos cristianos que en ninguna manera saliesen de su tierra, porque nos habian dado los de Culúa mucha guerra, y creían que pocos ó ningunos de nosotros habia vivos. E así, se estuvieron estos dos españoles en aquella tierra, y al uno dellos, que era mancebo y hombre para guerra, hiciéronle su capitán, y en este tiempo salia con ellos á dar guerra á sus enemigos, y las más veces él y los de Chinanta eran vencedores; y como despues plugo á Dios que nosotros volvimos á nos rehacer y haber alguna victoria contra los enemigos que nos habian desbaratado y echado de Temixtitan, estos de Chinanta dijeron á aquellos cristianos que habian sabido que en la provincia de Tepeaca habia españoles, y que si querian saber la verdad, que ellos querian aventurar dos indios, aunque habian de pasar por mucha tierra de sus enemigos, pero que andarian de noche y fuera del camino hasta llegar á Tepeaca. E con aquellos dos indios el uno de aquellos españoles,

que era el más hombre de bien, escribió una carta, cuyo tenor es el siguiente:

« Nobles señores: dos ó tres cartas he escrito á  
 « vuestras mercedes, y no sé si han aportado allá ó  
 « no; y pues de aquellas no he habido respuesta,  
 « tambien pongo en duda habella desta. Hágoos,  
 « señores, saber cómo todos los naturales desta  
 « tierra de Culúa andan levantados y de guerra, é  
 « muchas veces nos han acometido; pero siempre,  
 « loores á nuestro Señor, hemos sido vencedores.  
 « Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de  
 « Culúa cada día tenemos guerra: los que están en  
 « servicio de sus altezas y por sus vasallos son siete  
 « villas de los Tenez (1); y yo y Nicolás siempre  
 « estamos en Chinanta, que es la cabecera. Mucho  
 « quisiera saber adónde está el capitan para le  
 « poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y  
 « si por ventura me escribiéredes de donde él está,  
 « y enviáredes veinte ó treinta españoles, irmeía  
 « con dos principales de aquí, que tienen deseo de  
 « ver y hablar al capitan; y seria bien que viniesen,  
 « porque, como es tiempo agora de coger el cacao (2),  
 « estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro  
 « Señor guarde las nobles personas de vuestras

(1) Estas villas están en la provincia de Tabasco y parte del obispado de Chiapa, donde se coge mucho cacao.

(2) La mejor cosecha de cacao es en estas provincias, que hoy llamamos Soconusco, Suchitepec, Tabasco, y otras á la costa del Sur, excepto la de Tabasco, que está al mar del Norte ó Golfo Mexicano.

« mercedes, como desean.—De Chinantla, á no sé  
 « cuantos del mes de Abril de 1521 años.—A ser-  
 « vicio de vuestra mercedes.—*Hernando de Bar-*  
 « *rientos.*» (1)

E como los dos indios llegaron con esta carta á la dicha provincia de Tepeaca, el capitan que yo allí habia dejado con ciertos españoles enviómela luego á Tesáico; y recibida, todos recibimos mucho placer, porque, aunque siempre habiamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teniamos pensamiento que si se confederaban con los de Culúa, que habrian muerto aquellos dos españoles; á los cuales yo luego escribí, dándoles cuenta de lo pasado, y que tuviesen esperanza; que aunque estaban cercados de todas partes de los enemigos, presto, placiendo á Dios, se verian libres, y podrian salir y entrar seguros.

Despues de haber dado vueltas á las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco á Temixtitan por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesáico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando priesa en que se acabasen los bergantines y una zanja que se hacia para los llevar por ella fasta la laguna; la cual zanja se comenzó á hacer luego que la ligazon y tablazon de los bergantines se trujeron en una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta

(1) Este Hernando de Barrientos es de quien descende la muy noble familia de los Barrientos de México.